

IMPORTANTE: AL PÚBLICO

En vista de los numerosos pedidos que todos los días nos llegan de números atrasados de nuestras publicaciones, nos place comunicar a nuestros amables lectores que desde primeros de Abril existirán depósitos de todas nuestras publicaciones en todos los kioscos y librerías de España. Es pues el momento de completar sus colecciones.

IMPORTANTE: A LOS CORRESPONSALES

Con el fin de que pueda contentar a todos los clientes en cuanto a las demandas de números atrasados y para evitarle momentáneo desembolso, esta dirección, de acuerdo con sus distribuidores, han acordado establecer depósitos de los números atrasados de todas nuestras publicaciones. Si no lo ha recibido y lo desea, pida las colecciones que necesite a

**SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA,
DIARIOS, REVISTAS Y PUBLICACIONES, S. A.**

Barbará, 16, BARCELONA. Ferraz, 21, MADRID. Ferrocarril, 20, IRÓN

E. VERDAGUER MORERA.-TOPETE, 16 -TARRASA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 209

25 cts.



¿CÓMO EDUCAR
A LA MUJER?

POR
MARIE PRÉVOST
Y MONTE BLUE

Filmoteca
de Catalunya



BELL, Mamba

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción } Via Layetana, 12
Administración } Teléfono, 4423 A

Año V BARCELONA N.º 209

(HOW TO EDUCATE A WIFE, 1924)

¿Cómo educar a la mujer?

Película basada en una obra de gran trascendencia social, debida a la pluma del insigne novelista

ELINOR GLYNN

REPARTO:

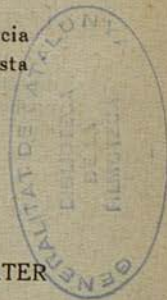
<i>Mabel Told</i> . . .	MARIA PREVOST
<i>Ernesto Told</i> . . .	MONTE BLUE
<i>Billy Breese</i> . . .	CREIGHTON HALE
<i>Betty Breese</i> . . .	BETTY FRANCISCO
<i>Enrique Bangs</i> . . .	CLAUDE GILLINGWATER
<i>Su esposa</i> . . .	VERA LEWIS

SELECCIONES ESPECIALES VERDAGUER

Consejo de Ciento, 290

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
NINA VANNA



¿Cómo educar a la mujer?

Argumento de la película

Nos hallamos en casa de los esposos Told, una parejita que se unieron para reñir la batalla de la vida y que, al fin y a la postre, son ellos los que están riñendo continuamente, por las causas más insignificantes.

Mabel y Ernesto, que estos son los nombres de los dos esposos, hacen buena la teoría de que el matrimonio es un campo de batalla. No hay día ni noche en que no agoten el repertorio de sus argumentos más o menos contundentes.

En la propia cama, Mabel increpa a su marido, recordándole las numerosas facturas que están por pagar y las más numerosas risitas que han hecho los cobradores con la vana esperanza de hacerlas efectivas...

Pero Ernesto, que ha recorrido casi toda la ciudad con el propósito de obtener un seguro, profesión ingrata a la que se dedica, acaba por decirle:

—Pero, hija, ¿ni en casa vas a dejarme tranquilo? ¡Como si mi vida de agente de seguros no fuera ya lo bastante amarga!

Mabel no contesta, hasta que ha recordado un nuevo y próximo vencimiento.

—Pues debes saber, marido mío, que mañana vendrá el de los muebles, y como de costumbre, amenazando con llevárselos si continuamos retrasándonos en el pago de los plazos.

—Pues, hija, que se los lleve. ¡Así te ahorrarás el trabajo de limpiarlos!

—Bien sé que eres el colmo de la frescura, pero no te suponía tan despreocupado.

Y lanzando un hondo suspiro, agrega:

—¡Ay, Dios mío!... ¡Y qué tonta fui al dejar mi estuche de manicura para casarme contigo!

Ernesto no replica... Arregla la habitación a su



En la propia cama, Mabel increpa a su marido, recordándole las numerosas facturas...

gusto, abre una ventana que da al exterior y se mete entre sábanas.

Mabel, que se halla ya acostada, ante el temor de pillar una pulmonía y para estar en un todo desacorde con su esposo, de cuyas prácticas higiénicas nunca ha querido hacer caso, salta de la cama y cierra la ventana exclamando:

—¡Calígula!... ¡Obligarme a saltar de la cama para cerrar la ventana!...

Y refunfuñando y echando pestes contra su marido, se coló Mabel en el lecho.

Al fin ambos quedan dormidos, gozando de un merecido descanso.

Era la única hora en que estaban conformes con todo lo que ocurría.

En el fondo se amaban, pero los medios de vida eran escasos, los gastos numerosos y Ernesto se había impuesto muchas obligaciones que si bien les daban en el presente varias molestias (léase pagos) eran para el porvenir garantía de reposo y de un vivir mejor. Habían comprado un auto, lo que favorecía al marido para realizar al día más numerosas visitas en su cometido de agente de seguros de vida, y estaban pagando una casa a plazos... que dentro de diecinueve años sería suya si no se derrumbaba antes.

Puesto que hemos trabado conocimiento con tan interesante pareja, justo es que conozcamos a los que por razón de su amistad con los Told han de influir notablemente en el desarrollo de esta novelita.

Al solo momento de penetrar en su lujosa casa, ya comprenderemos que es muy diversa la posición social que ocupan.

El tiene por nombre Billy Breese y es uno de los mejores arquitectos de Nueva York. Sus construcciones, adaptadas siempre al último "cri" de la moda, siguiendo las exigencias de los modernos tiempos y escuchando los dictados de su fantasía, de acuerdo siempre con el gusto de sus clientes, son elogiadas en todas partes, y sus modelos son copiados por docenas de sus colegas.

El secreto de la prosperidad de su negocio y de la aceptación de sus innovadoras teorías en materia de arquitectura, estriba en la decidida y fructífera colaboración de su esposa, la gentil y elegante Betty. El arquitecto ha aleccionado conve-

nientemente a su mujer, y saca de sus atractivos y de su coquetería sutil un magnífico rendimiento.

Más que matrimonio, su unión es una especie de pacto comercial mediante el cual se aseguran mutuamente su colaboración.

Así la vida para ellos es una caza continua al comprador, y, naturalmente, como el que compra una casa forzosamente debe ser una persona de posición social desahogada, Billy organiza en sus salones fiestas continuas, en las que reúne a sus clientes y amigos. Con ellos Betty pone en juego todos los recursos del arte de agradar, aplicados al arte de vender fincas...

Y vamos con el tercer matrimonio, que también juega papel primordial en nuestra novelita.

Enrique Bangs es un hombre que nunca ha temido a nadie ni a nada en este mundo. Fué voluntario en las guerras de su país, cuando luchaban los bandos políticos para ocupar el poder; y al verle sumiso junto a su esposa, nadie diría que fué él en persona y fusil en mano quien ganó las condecoraciones que guarda como preciado tesoro en una vitrina.

Y es que su esposa posee un genio de mil demonios, contra el que nada podría un batallón completo, incluso con su sección de ametralladoras...

Nada hay comparable a su continuo ajeteo, a su afán de mezclarse en todos los asuntos de la casa, y no hay quien resista su charla cuando se trata de sacar defectos y de protestar de todo. Así se comprende que incluso su esposo, con todo y ser un héroe, se rindiera a ella sin condiciones.

Pero Bangs oculta un secreto que sólo nosotros sabemos y que, naturalmente, vamos a confiárselo al lector.

En sus ratos de pequeño rentista desocupado, se dedica a escribir obras de costumbres, sacadas directamente de su observación de la vida. Naturalmente que no las firma con su propio nombre, porque su esposa, juzgando tal vez con razón que

el escribir novelas es ocupación poco seria, capaz sería de hacerlo encerrar por loco. El seudónimo que usa Bangs es femenino para mejor despistar a la arpía de su esposa. Se firma Prudencia Prue.

Pero, aclarado el secreto, volvamos a la esposa. Es de una edad indecisa, aunque maldito el trabajo que se toma en disimular los años.

Bien sabe ella que su Enrique tiene que tragarla como sea, y además, el arreglarse el físico, según ella, es cosa reservada únicamente a las cupleteras...

Oigámosla.

—Enrique, hoy no me siento con ganas de cortarte el pelo... De modo que ahí tienes el dinero justo para el corte; te vas a la peluquería, derecho... ¡y cuidado con tardar, ¿eh?, que estaré en el rellano reloj en mano!...

—Pero, mujer; a veces hay que pedir turno, y como hace ya dos meses que no asomo por allí, en cuanto me arrellano en el sillón ya están preguntándome si he estado enfermo o si es que tú has comprado una máquina esquiladora de *ovejas*... ¡y si vieras cómo acentúan lo de *oveja*!... En fin, que saben me tienes aporreado y esto no puede seguir así...

—¡Mira que como yo me dé cuenta de que aprovechas el viaje a la peluquería para murmurar de mi autoridad, te quedas en casa y te peinas el caballo a la *garçonne*!...

Enrique, recordando sus tiempos de casi estrategia, reconoce que toda resistencia es inútil y se marcha murmurando...

En tanto, el apurado agente de seguros, sentado cómodamente en su despacho, hojea la prensa de la mañana, deteniéndose con verdadera fruición en un artículo de colaboración que hace referencia a cómo debe educarse a la mujer.

Dice así:

Una mujer puede ser la más eficaz de las colaboradoras de su esposo, ayudándole a entablar amisa-

tades valiosas, conversando con los clientes, para los que representa una segura atracción.

Mientras está terminando el párrafo, entra su amigo el arquitecto.

—¡Hola, Ernesto!... Siempre te veo malhumorado. ¿Qué estás leyendo con tanta atención?

Ernesto le alargó el periódico.

Billy deja volar su mirada por las columnas y en un momento se da cuenta de la tendencia del artículo.

—Pero, chico, ¡si precisamente es este mi sistema!—exclama, dando una palmada en el hombro de su amigo.

—¿De veras?

—De veras, y debes saber que me produce excelentes resultados; mi esposa es ideal...

—Pues, chico, yo no logro salir adelante con mis famosos seguros; todo el mundo le tiene apego a la vida, y, sin embargo, nadie se la asegura.

—No seas niño; en este mundo todo depende de las amistades. Yo he adiestrado a mi esposa para que me ayude en mis asuntos, y los resultados son altamente satisfactorios... Diez casas de renta y catorce chalets vendí el año pasado... y eso que con el truco de mi originalidad en los modelos, ¡les atizo unos precios que no te digo nada, amigo mío! Y todos pagan sin chistar...

—Dudo, amigo Billy, de que yo pudiera habituarme a mi esposa a que me prestara tan útil concurso... y hasta me temo que ella se negaría a frecuentar la sociedad que gasta y se divierte...

—Todo es posible en este mundo, y mucho más cuando hay dólares en perspectiva. Ven mañana a una fiesta que doy en casa y te convencerás de cuál es mi sistema y de los excelentes resultados que produce...

—Bien; pues hasta mañana y créeme que no faltaré, dispuesto a ver, oír y estudiar... Dios quiera que aproveche la lección y que mi mujer se sienta capaz de imitar a la tuya...

Despidense los dos amigos, y mientras Billy sonríe del candor del agente de seguros, éste vase ensimismado estudiando los principios de la ciencia en que el arquitecto es tan ducho...

En tanto Enrique Bangs, que ya ha regresado de la peluquería, se sustrae a la vigilancia de su mujer y se dispone en secreto a empezar un libro que tiene en proyecto.

Bangs quiere dar al mundo sus opiniones sobre la educación de la mujer y sus consecuencias en la vida matrimonial (que él conoce de sobra) y pone en orden las primeras cuartillas.

Veamos una de ellas:

 C MO EDUCAR A LA MUJER?...

Novela de costumbres, por *Prudencia Prue*

El matrimonio es un bien del cielo, pero los disgustos que causa repercuten en la tierra.

Después de leer el prólogo detenidamente, lo envía bajo sobre al editor de "El Noticiero de la Tarde" para que, si juzga la tendencia buena, le autorice su edición y le anticipe algo a cuenta de la obra, para poder ir atendiendo a los pequeños gastos de los que su esposa no tiene ni remotamente la menor noticia...

Y no se figure el lector que *los pequeños gastos* encubren algún l o amoroso... Al contrario; se trata de algún que otro helado, por los que Enrique siente gran predilección, y de algún habano que se fuma a escondidas de su costilla.

Mientras Bangs da el último toque a sus cuartillas, quitando y poniendo acentos y comas, Ernesto Told llega a su casa con su auto de modelo algo antiguo, pero que sabe solo el accidentado camino que conduce al modesto hogar.

Su llegada promueve una verdadera revolución. Mabel, que est  planchando la ropa, al verle con cara alegre le pregunta al instante;

— Qu ?  Has firmado alguna póliza de cien mil?

—No, hija; pero hay algo mejor: nuestra vida va a cambiar; se eclips  la mala estrella. Vamos a cambiar de sistema; nos reorganizaremos... Si: tendencias modernas, procedimientos especiales, toillettes, *smoking*, *Rolls* y casa propia... En fin:  se acab  la miseria!...

—Pero, hijo,  te has vuelto loco?—exclama Mabel, mirando fijamente al transformado compañero de su existencia—. Dime:  a qué obedece este aluv n de palabras?  Acaso te han nombrado ministro de finanzas o te han comisionado para ir a Locarno a empujar un poco a los que no quieren (o no les dejan) entrar en la Sociedad de las Naciones?

—Algo mejor, Mabel de mis amores; algo mejor... Ya verás; me explicar ...

Y echando a volar las prendas que su esposa doblaba cuidadosamente, Ernesto se sienta junto a la mesa de la cocina convertida en obrador de plancha, y empieza su discurso:

—T  bien sabes que mi amigo Billy Breese, compañero de colegio y que optó por la arquitectura, ha hecho una carrera fantástica... Su casa parece un palacio: *autos*, criados, muebles de estilo; en fin, lo que se llama vivir como príncipes... Pues Billy me ha comunicado el secreto de su fantástica prosperidad, y t  y yo, pucstos de acuerdo e imitando a los Breese, alcanzaremos igual preponderancia social...  Te parece esto poco?

—;Me parece encantador!

—Pues bien; b scate tus mejores trapitos y a la obra, que no podemos dejar perder el tiempo tan lastimosamente. Asistiremos a la fiesta que dan los de Breese y a la que concurre lo mejor de la buena sociedad...  comprendes? Tu misión consiste en ayudarme a entablar valiosas relaciones y entonces ya verás cómo caen los seguros.

—Perfectamente, esposo mío... pero fíjate un poco en mi indumentaria y dime si con estos vestidos

puedo presentarme yo en una reunión donde se congregue gente elegante.

—Paciencia, hija: esto será hoy; mañana ya habrán cambiado las cosas y te encargaré los trajes directamente a casa de Madame Lanvin...

—Tantas veces me has prometido lo mismo, que ya ni te creo; en fin, te complaceré, me vestiré con esta creación ochocentista, y si me tiran alguna



—Mira lo que opina esta famosa escritora que se firma Prudencia Prue...

pedra, ya te encargarás tú de llevarme a la farmacia más próxima...

—Mira lo que opina esta famosa escritora que se firma Prudencia Prue.

Y Ernesto alarga a su esposa el artículo de "El Noticiero de la Tarde", en que el infeliz Bangs da pruebas de conocer el carácter de la sociedad de

hoy y la manera de ser de las mujeres... especialmente la suya.

—Conforme con lo que escribe esta señora. Pero, ¿cómo puedes exigirme que alterne, si no tengo vestidos y carezco de criada? ¿Te conformarás con hacerte la comida, lavar la ropa, planchar, barrer, etc., etc.? ¿Cómo puedo estar de buen humor para asistir a fiestas y reuniones?

—Tampoco yo estoy de buen talante, porque llevo tres meses sin firmar una sola póliza, pero se trata de nuestra fortuna futura, y hemos de asistir a la fiesta para aprender los procedimientos de que se vale Billy Breese; ¿has comprendido?

—Bueno; te complaceré, pero dudó de que nos abran la puerta al vernos llegar...

Tras no pocas peripecias, discusiones y algún que otro remiendo de última hora, los Told estaban listos para la fiesta tres horas después de haber empezado a vestirse...

* * *

La fiesta de los Breese prometía ser de lo más bullicioso que registraban las crónicas de sociedad. Allí habíanse congregado la mayoría de los clientes de Breese, muchachos jóvenes en su mayoría y matrimonios de la última hornada, gente a la moderna para quienes la vida es una verdadera sucesión de días agradables sin que jamás una nube de disgusto turbe el cielo de su dicha.

También se encontraba en la reunión el simpático Enrique Bangs, que había aceptado la invitación que por cuestión de vecindad le había dirigido Billy, pues en tiempos ya lejanos habían ocu-

pado la misma casa en el barrio comercial de Nueva York.

Bangs estaba encantado, porque de allí podría sacar, gracias a su espíritu de observación, materia más que sobrada para sus novelas de costumbres, y en especial para la que estaba ya preparando con el título de *¿Cómo educar a la mujer?*

Sin embargo, su mujer no le perdía de vista y no le sujetaba la imaginación porque ésta, a Dios gracias, tiene alas y levanta el vuelo cada vez que le viene en gana...

Entre la juventud masculina que se encuentra en el baile destácase por su refinada elegancia y airoso porte un muchacho alto y moreno, de tipo atlético, que concentra en su figura todas las miradas del bello sexo.

Es el millonario y soltero Roberto Benson, que gasta alegremente su fortuna y a quien Billy quiere vender su último modelo de casa que él titula "Modelo especial para solteros alegres".

Para aprovechar la *soirée*, tiene la maqueta de esta su última creación arquitectónica en una mesita, situada en un ángulo del salón, para que sin ser vista pueda atraer discretamente la mirada de los interesados...

Betty, en cuanto ve aparecer en el salón a los esposos Mabel y Ernesto Told, acude a recibirlos, exclamando después de un breve examen de la *toilette* de la esposa del agente de seguros:

—Amiga mía, llevas un vestido que te sienta a maravilla... es un modelo que ya teníamos olvidado...

Billy saluda a su amigo Ernesto, y señalando disimuladamente al joven Benson, le dice:

—Mira: este es un millonario a quien quiero vender mi última creación: una casa encantadora... He querido construir un boceto de casa que yo titulo *para solteros alegres* y que te explicaré en todos sus detalles...

Ernesto presta atención a las palabras de su amigo, en quien cree ya como en un oráculo.

Y Billy termina su relato con estas palabras:

—...Y ahora verás, amigo mío, cómo mi esposa me ayuda en los negocios y con qué elegancia, refinamiento y distinción y sin dar a entender lo vulgar de sus propósitos, lleva al presunto comprador hasta la maqueta, haciendo que fije en ella su atención.

En efecto, en aquel momento la orquestina atacaba un delicioso shimmy, y Betty, danzando elegantemente con Roberto, lo conducía entre *step* y *step* hacia el boceto...

Bangs observaba cómo la mujer puede secundar al marido... y entrelazaba ya los hilos de uno de los capítulos de su novela.

Mas un sugestivo espectáculo llama la atención del viejo escritor y resignado marido...

Por la parte baja de la puerta que conduce al departamento contiguo y en cuya puerta se lee el rótulo de "El mejor helado de la ciudad", asoman unas tentadoras pantorrillas, cuyos bien torneados contornos obligan a Bangs a levantarse para aclarar si el resto corresponde a la belleza de la incompleta exhibición...

Pero cuál no sería su decepción al ver que se trataba de un maniquí de cartón que terminaba en la cintura y que servía de mesita a unos cuantos invitados que burlan alegremente las leyes de la prohibición de bebidas alcohólicas.

Su esposa, que le ve salir de un sitio algo reservado, acude en seguida a su lado y como primera providencia ya quiere llevarse a casa, alegando:

—Pero créeme, Enrique; a tu edad estas fiestas ya no te convienen. Podrías pillar un resfriado...

En tanto Billy, aprovechando el que su esposa, al finalizar el baile, se ha situado *casualmente* junto a la maqueta, allí acude dispuesto a terminar el negocio iniciado de modo tan discreto por su costilla...

—Verdaderamente, un hombre de su posición debería tener una casa así... que fuera algo personal, único, como el sello inconfundible de su elegancia...

Roberto Benson asiente a las palabras de su amigo Billy, pero le falta algo para decidirse...

Y este "algo" es una mirada alentadora de Betty, que logra por fin que la operación se realice, diciendo al comprador:

—Sea usted el primero en dar esta nota de elegancia, y para usted serán los elogios... Ya haremos constar que la casa ha sido construída según sus iniciativas y se acreditará usted como hombre de gran cultura y exquisito gusto artístico.

Los elogios en boca de una mujer hermosa son de efecto decisivo, y Roberto Benson firma el cheque de la primera entrega a cuenta de la casa que acaba de comprometer en firme.

La operación está hecha y Betty cambia con su marido una mirada de mutua satisfacción y de perfecta inteligencia.

Ernesto no perdía punto de la interesante lección que Billy le daba, juzgándola inapreciable por los excelentes resultados que debía producirle.

Presta tanta atención a la escena que se desarrollaba ante sus ojos, que cuando su encantadora esposa (que lo estaba a pesar del anticuado vestido que llevaba) se le acerca para pedirle que la saque a bailar, en lugar de escucharla la contesta:

—Pero, mujer, ¿no ves que estoy aprendiendo? Yo he venido aquí como el que va a la escuela, y en la escuela no se baila...

Mabel queda algo confusa ante el desprecio de su esposo, y para vengarse le dice, para echar por tierra todos sus proyectos de imitar a los Breese:

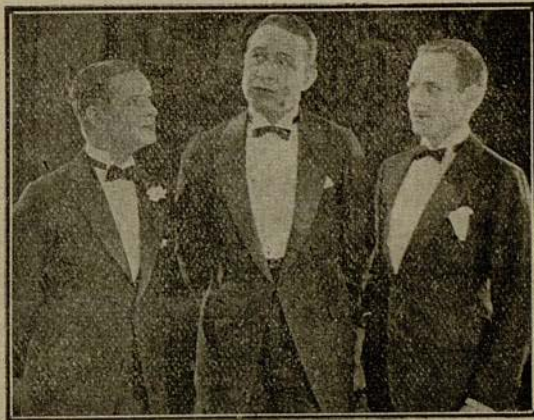
—Pero, ¿es posible, Ernesto, que no te hayas dado cuenta de que la esposa de tu amigo está flirteando de un modo inconveniente?

Ernesto se indigna por la que él cree torcida interpretación que ha dado su esposa a la táctica de Betty, y la contesta secamente:

—Pero, tonta, ¿no te has dado cuenta de que está ayudando a su marido? ¿Cómo quieres, después, que tú puedas secundarme en la misma forma, si no te enteras de lo que ocurre?

Mabel, en su ingenuidad, no encuentra procedente la conducta de Betty, y así se lo manifiesta espontáneamente a Ernesto:

—¿Y eso he de hacer yo para que prosperemos?



Ernesto no perdía punto de la interesante lección que Billy le daba...

¿Aguantar un flirt con el primer individuo que pueda luego asegurarse? Yo dudo, pero, en fin, voy a probarlo...

Dando vueltas por el salón, tropieza la encantadora Mabel con uno de los antiguos clientes de sus días de manicura.

El antiguo cliente es nada menos que el simpá-

tico Enrique Bangs, que en sus días de soltero, antes de caer en manos de su esposa, se permitía gastar manicura... amarga reflexión que surge de su alma al comparar su situación de antaño con la de hogaño, en que ni libertad tiene para ir a cortarse el pelo sin la autorización de su esposa.

Dejándose llevar por la seducción del baile, Bangs y Mabel empiezan a marcarse los primeros compases de un "one-step" pacífico, propio para quien en los intrincados dominios de Terpsícore sólo puede entrar muy tímidamente... temiendo un resbalón.

Mabel intenta poner en práctica las nociones de ayuda conyugal que de ella solicita su marido, y rompe el fuego contra el inofensivo Bangs, que no las tiene todas consigo, temiendo que su mujer le corte el único idilio de su vida de casado sumiso.

—¿No se acuerda ya de los días en que yo le arreglaba a usted las uñas?

Bangs, al recuerdo de aquellos benditos días en que "polleaba" de lo lindo y andaba por las calles hecho un figurín, siente que la sangre juvenil bulle de nuevo en sus venas...

—¿Qué le parece a usted, Mabel, si para celebrarlo comiéramos juntos mañana?... Conozco un restaurant discreto, donde sirven estupendamente...

—Aceptado—dice Mabel, creyendo que ha puesto la primera piedra del edificio de su salvación financiera.

Pero en aquel momento aparece a la vista de los danzantes el monstruo de la esposa de Bangs, y éste suplica a su pareja:

—Por favor, cambiemos de conversación... ¡Mi mujer nos enfila la proa y va a pasarnos por ojo!

Pero lo advertencia era ya tardía, porque la esposa de Bangs, forzando la marcha llegó a donde se encontraba su esposo, y agarrándolo de un brazo y sin dejarle casi despedirse de su pareja, le dice con acento enérgico y ademán imperativo:

—Enrique, a casita corriendo. Hace un momento que te he dicho que estas fiestas no te convenían a tu edad, y ahora te repito que mejor estarás entre sábanas que no zascandileando en torno de vampiras equívocas... equivocadas de puer-



—¿Qué le parece a usted, Mabel, si para celebrarlo comiéramos juntos mañana?

ta... Porque supongo que como no lo convides a tomar el sol... no creo que vayas a comprarle uno de los palacios que construye Billy Breese.

Enrique se resigna y sigue a su mujer, que lo

lleva a casa a marchas forzadas para allí representarle la consabida escena de celos...

Ernesto Told, que se ha dado cuenta de la conversación entre su esposa y Bangs y que ha visto igualmente el modo brusco como la ha cortado la esposa del viejo, se dirige a su mujer diciéndola:

—Me disgusta, Mabel, que flirtees con este viejo. A lo mejor su mujer te araña y salimos perdiendo hasta tu físico sin obtener seguro alguno...

Mabel, que conoce a fondo el carácter de su esposo, le replica con viveza y energía:

—Entonces, ¿en qué quedamos? ¿Cómo quieres que cultive relaciones provechosas si tus celos no me dejan vivir?... He iniciado la conversación con un viejo inofensivo y ya me estás criticando...

—Pero, hija mía; ya sé que conocías de antaño a Enrique Bangs y que no es un "Don Juan" ni mucho menos; pero acuérdate de que dejaste el estuche de manicura para convertirte en mi esposa...

Por fin, tras el ímprobo trabajo de despojar a Mabel de aquel vestido propio de un museo, los dos esposos se acuestan, no sin antes discutir y dejar aplazada para el día siguiente la continuación del mismo tema, es decir, si debe o no convertirse ella en auxiliar de los planes financieros de su esposo.

Al día siguiente por la mañana, Billy va a visitar a su amigo Ernesto para enseñarle el nuevo cheque que ha recibido de Roberto Benson, para el pago del segundo plazo del chalet que le ha encargado.

También Ernesto le enseña un documento que ha recibido y en el que le amenazan que de no pagar la mensualidad atrasada que debe del alquiler, le echarán bonitamente a la calle para que aprenda a practicar la vida al aire libre...

—Vamos, hombre, que no comprendo cómo te encuentras siempre en apuros. Te he dado una lección práctica en mi propia casa. Ahora tú date prisa en sacar partido de mis enseñanzas y da prin-

cipio a una vida de fastuosidad... Yo te ayudaré...

—Me encanta tu optimismo, amigo Breese, pero debes saber que como yo no firme pronto una póliza de cien mil, estoy completamente arruinado.

—Mira, Ernesto; me da pena tu situación y he de preocuparme de sacarte adelante... pero antes, y para que cambie tu malhumor, te invito a cenar conmigo... Mi mujer no extrañará mi ausencia...

—Acepto; la mía me ha dicho que iba a cenar con unas amigas y tampoco tendrá nada que reprocharme...

Unas horas después, encontrábanse en el "Cabaret Montmartre" Ernesto y Billy cenando alegremente y trazando mutuos planes de colaboración, para dar mayor amplitud a sus respectivos negocios.

Mientras cenan, observan las parejas que se hallan en los palcos que forman un semicírculo alrededor de la platea.

Desde la mesa que ocupan, Billy y su amigo Ernesto distinguen al viejo Bangs.

Billy es el primero en hacer el descubrimiento, el que participa a su amigo:

—Fíjate: el viejo escritor por estos rincones... y no está solo... Me gustaría saber quién es ella... ¡Valiente momia debe haberle hecho caso!...

Ernesto toma la palabra:

—Verdaderamente que hay mujeres de mal gusto... No creo que nadie aceptara por compañero a un armatoste con más años que Matusalén... y menos dinero que un estudiante!

—Estás en lo cierto; una mujer joven y hermosa se avergonzaría que la vieran en compañía de un abuelo...

—¡Ah!, amigo Billy; todas esas aventuras me tienen sin cuidado. Mi situación no está para bromas...

Billy aprovecha la ocasión para hacer hincapié cerca de su amigo sobre su manera de trabajar:

—Créeme, amigo Ernesto; la mujer es el arma

decisiva en los negocios; hasta que no te decidas a imitarme no te sonreirá la fortuna...

Pero los celos eran compañeros inseparables de Ernesto, que adoraba a su mujer, y la mejor prueba de ello es que se peleaban a diario... ya que sólo la indiferencia es la única prueba de la falta de amor.

Poco se figuraba el pobre de Ernesto la sorpresa que le deparaba el destino en aquel bullicioso cabaret.

A pesar de que Billy advirtió el peligro y trató de evitarlo, Ernesto se dió cuenta de que la señora que se hallaba en compañía de Bangs y para la que él había tenido tan duros calificativos, era... su esposa, ¡la mismísima Mabel!

Su estupefacción no tuvo límites.. Volvióse lívido, verde, amarillo, en fin todo un arco iris... y por fin, volvióse... casi rabioso...

Acercóse al atontado viejo y con voz descompuesta le chilló:

—¡Ah, mi viejo amigo! ¡Jamás le hubiera creído capaz a usted de semejante infamia! ¡Aprovechando la candidez de mi esposa, usted, que es ya un lobo viejo!...

Mabel quiso intervenir conciliadora... y esta vez, a pesar de ser mujer y de hallarse sorprendida por su marido, dijo la verdad, cosa que jamás ocurre en parecidos casos:

—Pero escucha, Ernesto... Precisamente el señor Bangs me estaba diciendo...

Ernesto no la dejó terminar la frase:

—¡No me importa lo que te estuviera diciendo! Te vendrás a casa inmediatamente...

Mabel quiso sincerarse ante su esposo, pero una enérgica mirada de éste le corta la palabra.

Indignada por la violencia con que su esposo la trata, Mabel le dice en tono de firme decisión:

—Mira, Ernesto; desde mañana haré lo que me dé la gana... Quiero recobrar mi libertad; bien sabes que sé ganarme la vida...

Ambos esposos regresan a casa, y aquella noche, por rara excepción, no riñen, lo que demuestra que están fuertemente disgustados...

Aunque parezca mentira, algunas veces dicen las mujeres exactamente lo que piensan... y Mabel separóse de su esposo para no faltar a su palabra y quedar bien ante ella misma... ¡Misterios del amor propio, que muchas veces nos hacen sacrificar a sus exigencias nuestros verdaderos amores!

Al darse cuenta de que su esposa le había abandonado, Ernesto no salía de su asombro, ni daba crédito a la realidad. Sin embargo, pronto se convenció, al tener que fregar los platos y atender a los demás menesteres domésticos, de que una mujer es indispensable en el hogar.

Al mismo tiempo, el desdichado Bangs sufría las consecuencias de la primera calaverada de su vida.

Envuelto en una manta y tomando medicamentos para el constipado que había pescado, debe soportar además las continuas y severas amonestaciones de su esposa, que no deja de reprocharle el que a su edad haya intentado gustar el vedado encanto de una aventura amorosa.

Bangs, para amansarla algo y confesándola la verdad, la promete que firmará un seguro de vida a favor de ella misma.

—Has de saber, esposa mía, que precisamente con Mabel Told estábamos hablando de la manera más ventajosa como yo podría firmar un seguro de vida a tu favor... Créeme; esta y no otra era nuestra conversación... Bien sabes que Ernesto, el marido de Mabel, es agente de seguros, y la pobre

chica a la que supones una vampira, no hacía otra cosa que ayudar a su esposo en la ingrata tarea de conseguir seguros.

—No te creo, viejo verde... Con la excusa halagadora del seguro, quieres conquistar todas mis simpatías... pero no lo conseguirás... En cuanto te pesque otra vez hablando con Mabel, la que te ase-



...Sin embargo, pronto se convenció, al tener que fregar los platos y atender a los demás menesteres...

guro soy yo... pero con una cadena muy corta y pegado a mis faldas, para que no descarriles...

Mabel, que ha llevado a la práctica su determinación de vivir de su trabajo, se ha vuelto a dedicar a su antigua profesión de manicura y presta sus servicios en un acreditado establecimiento, donde a

los pocos días ha vuelto a congregarse a su distinguida clientela.

Pero a pesar de que su belleza es una segura atracción, jamás permite a los clientes que rebasen los límites de la más estricta consideración personal. Por cierto que más de uno que ha abandonado entre las suyas sus manos codiciosas, se ha visto re-



Envuelto en una manta y tomando medicamentos para el constipado...

chazado cuando ha intentado ofrecerle alguna cena, partida de campo u otro de los mil medios de seducción usados por los tenorios más o menos audaces.

A Ernesto, ni separado de su mujer le sonríe la fortuna, pues no ha conseguido firmar ni una pó-

liza de importancia y los escasos ingresos obtenidos le han servido para ir viviendo y pagando algunos atrasos...

En cambio, Mabel gana perfectamente su vida y aun ha podido reunir algunos insignificantes ahorros.

Cierta día, los dos esposos se encuentran en un *restaurant*, y Mabel, compadecida de la humilde comida que ha pedido su esposo, hace que le sirvan mejores platos y quiere pagar ella... Pero él, en su orgullo, no lo acepta...

Timidamente, empieza la conversación entre los dos divorciados.

Mabel es la primera que aventura unas palabras...

—Y dime: ¿cómo está nuestra casa de telarañas?

Ernesto comprende la ternura que esta pregunta encubre y le contesta con acento compungido:

—Bastante desordenado está todo... Ya no tiene ni aspecto de hogar...

—¿Y de quién es la culpa?... Tuya exclusivamente... Bien sabes que mi único deseo fué el ayudarte... Por eso acepté la compañía de aquel vejeterio inofensivo...

Mabel, recordando su conversación con Bangs y la oferta que le hizo de la firma de un contrato de seguro, se pone de acuerdo con su esposo para continuar tratando el negocio y con la comisión de salir de apuros... y pagar las deudas que suman una respetable cantidad...

—Verdaderamente, Mabel, has tenido una gran idea...

—Para salvar la crítica situación por que atravesamos, es necesario que nos pongamos de acuer-

do. Luego ya veremos si persistimos en nuestro divorcio...

—Perfectamente; yo no claudico de mi dignidad de esposo ofendido.

—Déjate de tonterías, Ernesto... Ahora lo que urge es poner en orden nuestra casa, a fin de que esté presentable el día que ofrezcamos a Bangs un banquete que le incline, junto con tus argumentos, a firmar el seguro...

Dos días después los esposos habían conseguido preparar su casa y un exquisito menú para cazar a Bangs.

Habían alquilado una criada solamente para doce horas para dar mejor aspecto a la casa.

Todo estaba dispuesto. La póliza extendida, los muebles relucientes, el suelo recién fregado... en fin, la decoración nada dejaba que desear. Los personajes lucían también sus mejores galas... y sólo faltaba la víctima, que esta vez fué puntual.

Enrique Bangs, recién afeitado y vestido con sus mejores atributos, como quien debe ocupar un puesto en la mesa junto a una dama, estaba todo lo rejuvenecido que podía gracias a que su mujer no sabía exactamente si había de asistir a una solemnidad académica o a un entierro en los suburbios, por lo cual no podía ir a comer a casa...

Mabel hizo un gesto a su esposo como diciendo:

—Empieza el ataque...

Ernesto, con un gesto cariñoso y dando unos golpecitos en la espalda de Bangs, le pregunta:

—Tomará un *cocktail*, ¿verdad, amigo Bangs?

Asiente éste con la cabeza, encantado de la galantería de su amigo, y Ernesto, para asegurar el golpe, se dirige a la cocina para evitar que las úl-

timas gotas que quedan en la botella se pierdan a causa de algún descuido de la interina criada...

Después de llenar tres copas, una para Bangs, otra para su esposa y otra para él, recomienda a la fámula:

—Sírvalo con cuidado, que en la botella queda apenas una gota.

Y efectivamente, al dirigirse al comedor y cuando ya llegaba cerca del sillón ocupado por Bangs, la doméstica (sin domesticar) tropieza con un mueble y allá va la bandeja y el *cocktail* por los suelos, regando el parquet...

Ernesto, dispuesto a jugarse el todo por el todo, finge la mayor indiferencia y exclama:

—No se preocupe, amigo Bangs... Afortunadamente tenemos la bodega bien repleta...

Gracias a su ingenio, Ernesto, dando ciento y raya al más astuto "barman", logra preparar tres *cocktails* más, pero de los cuales sólo uno es... *bebible*...

Coloca las copas en la bandeja en forma de que Bangs coja la que él desea... y, efectivamente, éste toma la que sólo contiene... espuma y agua clara...

Bangs hace un gesto que denota que aquel brebaje tiene un sabor verdaderamente infernal...

Para borrar el mal efecto que causa al presunto "asegurado" aquel filtro, le invita a gozar de las delicias de un fuego que amorosamente calienta el ambiente...

Una vez situados junto a la chimenea, Ernesto empieza su discurso preparatorio:

—En realidad, la vida con un *cocktail*, un buen fuego y un banquete en perspectiva, es deliciosa; pero los riesgos, accidentes, en fin, que una póliza

de seguro se hace indispensable al hombre moderno...

Bangs queda algo confuso al ver la derivación que va tomando el convite, pero no despega los labios.

Ernesto insiste:

Y con una póliza, quedan cubiertos todos los ries-



Bangs hace un gesto que denota que aquel brebaje tiene un sabor verdaderamente infernal.

gos menos el de no poder pagar las primas... Pero usted es hombre de recursos y esto no reza con usted...

En aquel momento, la chimenea que desde hace muchos años no se ha encendido, se niega a dar

paso al humo, que rápidamente llena la habitación haciendo imposible su permanencia en ella.

También en aquel instante la criada se despide, alegando que se han retrasado mucho y que las doce horas del contrato ya han transcurrido...

Ernesto recurre a su sangre fría y dice tentador:

—Trasladémonos a la cocina; una cena en la intimidad será encantadora...

Asiente Bangs, y allí se instalan... Pero a los pocos momentos el tubo del "termo" estalla y una nube de vapor por poca mata al futuro cliente, que queda calado hasta los huesos...

El pobre Bangs, más muerto que vivo, increpa al poco afortunado agente:

—Pero, Ernesto, ¿quiere usted demostrarme prácticamente que mi vida está en constante peligro?

Y acto seguido pide una manta en la que se envuelve para ver de entrar en reacción.

Mabel está desolada...

—Vamos, Ernesto, no lo mates antes de que se asegure... por favor, deja que firme antes...

Ernesto no responde; lamenta en silencio su fracaso, y se dispone a trasladar al desdichado Bangs a su casa, utilizando para ello su automóvil.

Pero también allí le acechaba la fatalidad. La excesiva pendiente de la calle en que Ernesto vive, obliga a éste a colocar una piedra para impedir que el coche se deslice cuesta abajo, ya que los frenos son insuficientes para contenerlo.

Pues bien; en el preciso instante en que Ernesto dejaba a Bangs en el coche y volvía a entrar en su casa para recoger el sombrero, debido a un

movimiento de Bangs se ladea la piedra y el coche emprende vertiginosa marcha...

—¡Que se nos mata antes de firmar la proposición!—grita Mabel... mientras Ernesto trata en vano de alcanzarlo.

Sin embargo, aun cuando el coche va a parar al río, Bangs logra salvarse y llega a su casa en un estado tan lastimoso, que es grande la alarma de su mujer al verle aparecer más muerto que vivo.

La lección ha sido provechosa... Bangs ha comprendido que en realidad la vida está llena de peligros, y unos momentos después entra en casa de Ernesto para firmar la póliza...

La alegría de los dos esposos es inmensa y bendicen en su fuero interno la chimenea que no tiraba, el *coktail* diabólico y el termo sifón que costó, colaboradores todos estos incidentes del logrado seguro.

Queda un detalle y es que el auto del agente de seguros no estaba asegurado, y el río lo arrastra en su corriente...

—No importa—exclama Ernesto, dirigiéndose a su mujer—. Con la comisión podremos comprar otro de último modelo.

Una vez se ha marchado Bangs, satisfecho con su póliza que le abrirá los brazos y le valdrá el perdón de su mujer, los dos esposos quedan pensativos...

Mabel hace ademán de marcharse.

Ernesto la retiene.

Ella insiste:

—¿No vivimos separados? He de volver a mi trabajo, ya que no podemos soportarnos...

—Tienes razón, pero reflexiona que obramos muy a la ligera... momentos de nerviosidad...

—No seré yo la que afloje... Tengo mi amor propio...

—Pero, Mabel, esta noche descargará una terrible tempestad; marcharte sería una locura...

En aquel momento serpentea un relámpago.

Mabel pierde casi todo su valor... Su rostro tór-nase lívido y sus manos tiemblan...

—Me quedaré, pero sólo por esta noche... Quiero respetar nuestra separación... Dormiré en mi cama...

Otro relámpago, más fuerte que el primero, ilumina con su vivísima luz la estancia...

Mabel pega un salto, y tal vez sin quererlo... cae en los brazos de su esposo, que se cierran afanosos para estrecharla contra su corazón...

La reconciliación es un hecho... El amor ha triunfado del orgullo de dos enamorados... y el eterno femenino, adorable en su temor ingenuo, buscó protección contra imaginarios riesgos, junto al hombre que a pesar de verse azotado por el destino no había dejado nunca de amar a su encantadora mujercita...

A la misma hora, Bangs, muy arropado, escri-

bía una cuartilla decisiva en su obra *¿Cómo educar a la mujer?*

Seamos indiscretos y leámosla:

"...y el mejor sistema es que ella, en la paz y retiro del hogar, contribuya con el orden, la economía y los trabajos de su sexo, a la prosperidad de su esposo, sin convertir su hermosura y su elegancia en espejuelo para los negocios..."

FIN

Prohibida la reproducción

Revisado por la censura gubernativa.

PRÓXIMO NÚMERO:

La estupenda, e ingeniosa novelita

Teodoro y Compañía

Basada en el célebre *vaudeville*
francés.

Interpretación inmejorable, por
MARCEL LEVESQUE, MARIO
BONARD, Mlle. ALEXANDRE, etc.

Asunto que divertirá un buen rato a
todo el que lo lea.

:: ¡Situaciones geniales! ::

32 páginas - Numerosas fotografías

25 céntimos.

Postal-fotografía regalo:

Bryant Washburn

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

sale todos los miércoles en toda
España — Precio: 25 cts.